

—No, madame, no estoy loco. La veo esconder una sonrisa. No intente enmascarar su expresión. Es una recién llegada aquí y no todavía no conoce nada de mi historia. No culpo a ningún visitante, la carga de la prueba recae sobre nosotros, ¿no es así? En esta misma podrá conocer a varios personajes peculiares. Tenemos un conjunto heterogéneo de conquistadores, diplomáticos, cortesanas y divinidades, si usted toma en cuenta sus palabras. Están Alejandro Magno, Richelieu, Julio César, Espartaco, Cleopatra, pero no importa. Yo no soy una ilusión. Soy Hal Pemberton. ¡Míreme de cerca! He envejecido, es cierto, pero si ha visto el retrato de la galería metropolitana que Paul Gauguin hizo de mí cuando visité Tahití seguramente...

Jadeé y retrocedí un paso.

¿Esta alma vieja, amable y de cabello plateado, el genio loco, es Pemberton? ¡La tentación fue fuerte para huir cuando me di cuenta que decía la verdad! Conocía el retrato, de hecho, y para un estudiante de arte como yo no podía confundirse el parecido. Me detuve a medias. Después de todo, no podía ser peor, sin duda, que la maligna Cleopatra a la que acababa de dejar jugando con sus naipes que había encontrado cruzando el camino de grava.

—Te creo —llegó mi tartamudeada respuesta.

Lo que quise decir, por supuesto, fue que sin duda podría ocurrir que él fuese, ciertamente, Hal Pemberton. Estaba claro que creía que el establecimiento de la identidad hacía absurda la cuestión de su detención.

—Me tienen registrado como Chase, John Chase —confió—. Ahora dime, ¿te interesaría escuchar la historia real de la persecución de un artista? Es un conjunto de malentendidos, de intolerancia...

Dejó la frase incompleta e hizo una seña con el dedo índice, espatulado y cónico, hacia un banco justo a la luz del sol, más allá del alcance de las nieblas de la fuente.

Me sentí inquieta. Un guardia estaba estacionado a menos de doscientos pies de distancia. A pesar de las leyendas horribles y distorsionadas que cubrían nuestros recuerdos de este hombre, que se suponía que había muerto en la lejana Polinesia, no podía dañarme fácilmente antes de que la asistencia estuviera disponible. Además, soy

una mujer activa y huesuda, de tipo granadero.

Esperé hasta que se sentó, luego me coloqué cautelosamente en el extremo opuesto del banco.

—Eres la primera persona que no se rio en mi cara al conocer mi verdadera identidad —continuó entonces, sin intentar cerrar la brecha de seis pies entre nosotros, para mi comodidad—. La ignorancia me colocó aquí. La ignorancia me mantiene. Le daré todos los detalles, señora. Entonces puede informar a otros y procurar mi liberación. Los cognoscenti lo exigirán, una vez que sepan de la cruel intolerancia que me ha robado nueve años de mi carrera y de mi vida. Ya sabes... —y aquí Pemberton miró con cautela alrededor antes de agregar en un susurro—, ¡no me dejarán recuperar mi pintura!

Mi juventud y entrenamiento son conocidos, en parte. El folleto de Alden Sefferich trataba de lo externo, al menos. ¿Lo has leído? ¡Ah, sí! El querido Alden no sabía nada, de verdad. Cuando miro sus grabados de edificios, sus palabras, veo detrás de las líneas un gran vacío. En el mejor de los casos, era una cámara admirable, equipada con obturador de plano focal y lentes que representaban tres dimensiones fielmente en dos, pero ignoraba la cuarta dimensión más importante, la del temperamento y el alma como si fueran tan míticas como esa cuarta dimensión con la que juegan matemáticos.

Bueno, esta no lo es. La inspiración artística ha sido lo más importante de mi vida. Más allá de la técnica y la enseñanza proporcionadas por Guameresi, uno podría desechar toda la tutela y aún seguir siendo un genio. ¡Solo el artista y la chispa divina!

Fui uno de los Pemberton de Long Island. Aún viven dos de mis hermanas. Son señoritas respetables que se casaron bien. Al diablo con ellas. ¡Realmente creían que Hal Pemberton las había deshonrado, las nauseabundas cerdas! Nuestra madre era Sheila Varro, la cantante. Padre fue un tipo poco imaginativo, presidente de Everest Life and Casualty Company durante muchos años. Menciono estos hechos simplemente para demostrar que no hubo una mancha hereditaria, ni una razón connata para una mentalidad deformada como la que me atribuyen. Existe la posibilidad de haya heredado la predilección artística de mi pobre madre, porque siempre fue brillante.

Fui un tonto en mi juventud. Fue solo con educación e inspiración que incluso una chispa de su furia creativa divina vino a mí, pero abordaré más adelante esa parte de la historia. De niño, odiaba la escuela. Antes de los diez años me expulsaron de tres academias, siempre por la forma en que trataba a mis compañeros. Fui cruel con otros niños, porque las lecciones no captaron mi atención. Nada tranquilo, estático, como la búsqueda de hechos, lo ha hecho nunca.

Cuando me cansé de clavar alfileres en los otros muchachos o de tirar de sus cabellos, busqué uno u otro de mi propio tamaño y peleé con él. A menudo —por lo general— me golpearon, pero esto nunca me molestó. El dolor, la sangre y el calor del combate siempre fueron curiosidades para mí, impersonales, de alguna manera. Mientras pudiera ponerme de pie, golpearía la nariz o los ojos de mi antagonista, ya que nada me deleitaba como ver el dolor involuntario inundando su semblante, y un chorro de sangre roja saliendo de sus fosas nasales.

Padre me envió a las escuelas públicas de Nueva York, pero allí duré solo seis o siete semanas. No era popular ni con mis compañeros de juego ni con los maestros, que se quejaban de lo que consideraban era una anormalidad. No había hecho nada más que arreglar un alfiler tomado del sombrero de una de las maestras donde pensé que sería lo mejor. Esto estaba en la manga del abrigo del director. Cuando deslizó su mano derecha, el largo alfiler le atravesó la palma de la mano, lo que le hizo llorar de dolor, no lo vi en ese momento, pero estaba esperando afuera de su oficina en ese momento, y me regodeé en mi mente al ver su mano apuñalada, derramando gotas de sangre por donde entraba el acero azul.

Ansiaba apresurarme y ver mi trabajo, pero no me atreví. Más tarde, cuando, por astuta deducción, me echaron la culpa, al señor Mortenon le vendaron la mano derecha.

Padre abandonó la idea de la escuela pública después de esto, y me consiguió un tutor. Él me consideraba un poco deficiente, y supongo que mi actitud le dio color a esa teoría. Los atormenté, uno tras otro, hasta que cada uno renunció. Me reí. Preparé «accidentes» en los que todos resultaron heridos.

No era que no pudiera aprender, me di cuenta todo el tiempo de que las tareas simples que me asignaron estos hombres podían llevarse a cabo sin un gran esfuerzo. Simplemente no tenía ganas de estudiar álgebra, geografía e idioma u otras cosas aburridas de este tipo. Solo la zoología me tentaba, apenas, y ninguno de los hombres que tenía antes de que Jackson viniera eran competentes para enseñarme mucho sobre este tema absorbente.

Jackson fue el cuarto y último. Él demostró ser un alma sincera, y algo científico. Intentó pacientemente, durante quince días, enseñarme todo lo que papá deseaba, pero encontró a su alumno receptivo solo cuando me dio animales para estudiar. Estos, mientras estaban vivos.

Un día, después de una sesión desalentadora con mis otros estudios, me dejó con algunos pequeños escarabajos que tenía la intención de clasificar a su regreso. Era un día caluroso, y los pequeños insectos con alas de vaina fueron estimulados fuera de la latencia a movimientos vivos. Los tenía debajo de una cubierta de vidrio para evitar su escape. Solo para ver cómo actuaban, los saqué, uno por uno, y realicé pequeñas

operaciones en partes de su anatomía con la punta de mi navaja. Uno de ellos carecía de alas, otro perdía dos patas de muchas, un tercero carecía de antenas, y así sucesivamente. Luego me puse en cuclillas con una lente de mano y miré sus desesperadas luchas.

Ahí estaba la vida, la lucha, la muerte, lo supe mirando a esas criaturas diminutas. Me fascinó. Las observé ansiosamente, y luego, cuando uno de los escarabajos se movió más lentamente, lo estimulé con la punta caliente de un alfiler.

En ese momento, tenía solo dieciséis años de edad, no tenía una explicación analítica de ese interés, pero ahora sé que el artista en mí fue despertado desde la bruma de la adolescencia al ver la más sincera de todas las luchas. La lucha contra la muerte.

Una fiebre corrió en mi sangre. Sabía que los escarabajos no podían darme mucho más. Un instinto me hizo desear preservar algún tipo de registro de aquel momento supremo. Agarré mi lápiz. Escribí un párrafo, contando cómo me sentiría en caso de que una fuerza enorme y onnipotente me pusiera debajo del vidrio, me quitara las piernas, me apuñalara con la punta de un gran cuchillo, una daga al rojo vivo y observara mis retorcimientos.

La descripción era pálida, incolora, por supuesto. No me satisfizo, incluso mientras la garabateaba. Como puedes entender fácilmente, no poseía ningún poder de expresión literaria. Las oraciones eran crudas, azarosas, y solo enfatizaron la necesidad de una mejor expresión. Muchas personas me habrían considerado bastante enojado en ese momento. Fue entonces cuando arranqué una hoja de papel de un cuaderno y comencé a dibujar furiosamente.

Al igual que con la escritura, no sabía nada de técnica, nunca antes había dibujado una línea, pero la fuerza impulsora fue excelente. Ante mis ojos vi la imagen que deseaba retratar: el juego de protesta, de resistencia, contra la muerte.

Cuando Jackson regresó, el fuego se había extinguido.

El horrible dibujo estaba terminado, y todos menos uno de los escarabajos yacía patas arriba, debajo del cristal. Ese había logrado escapar de alguna manera, y se estaba arrastrando sin esperanza por la mesa, dejando una mancha húmeda, incolora. Agotado en cuerpo y mente, me había derrumbado en la silla más cercana, sin importarme si yo mismo vivía o moría.

Pobre Jackson. Estaba horrorizado cuando vio lo que le había hecho a los coleópteros, y comenzó a reprocharme mi crueldad innecesaria. Justo cuando se estaba volviendo elocuente, sin embargo, su ojo vio mi burdo bosquejo, y dejó de hablar. Lo vi temblar, ajustar sus anteojos, y luego los escarabajos muertos. Finalmente, con un tormento de ira, leyó el párrafo de descripción y se volvió para examinarme con horror y asombro

en su mirada. Entonces, de repente, se puso de pie de un salto, agarrando las dos hojas de papel en sus manos, y se alejó antes de que pudiera despertar de mi lasitud lo suficiente como para interrogarlo. Nunca más volví a ver a Jackson. Pobre tonto.

Una hora más tarde, el padre me llamó. Sabía que el tutor había ido a verlo y esperaba otro de los terribles sermones que había tenido la costumbre de recibir cada vez que una nueva falta o iniquidad se hacía evidente para los demás. En el pasado, mi padre me había azotado, casi al borde de la apoplejía, debido a su ira extrema por lo que él consideraba una obstinación deliberada de mi parte. Temí latigazos. Me temblaban las rodillas cuando fui a su estudio.

Esta vez, sin embargo, estaba claro que padre se había rendido. Estaba pálido, agobiado por lo que debió haber sido la gran decepción de su vida; pero no me castigó. En cambio, me dijo en voz baja que Jackson había renunciado, encontrándome imposible de instruir. En unas pocas oraciones, revisó los esfuerzos que había realizado para educarme, luego declaró que todos los tutores estaban convencidos de que mi falta de progreso se debía más a una falta de inclinación crónica por el trabajo, más que a un defecto innato del cuerpo o la mente.

—Hasta ahora —me dijo—, se ha negado firmemente a aceptar las oportunidades que se le han presentado. Ahora llegamos al final. El señor Jackson me mostró un boceto hecho por usted, en el que profesa ver talento real. Él aconseja que lo envíen al extranjero para estudiar dibujo o pintura. ¿Le gustaría esta última oportunidad? De lo contrario, debo ubicarlo en una institución de algún tipo, donde ya no pueda traerme más desgracias, en resumen, una escuela de reforma. Se lo digo francamente, Hal.

¿Qué podía hacer? Elegí, por supuesto, ir a París.

Papá hizo los arreglos necesarios para que yo ingresara en los grandes estudios de Guarneresi como principiante, pagando con un año de anticipación y, además, haciéndome una asignación liberal.

—No intentaré ocultarle, Hal —me dijo al despedirme—, que no deseo que regrese. Su asignación continuará mientras permanezca en el extranjero. Si, a tiempo, llega usted a tener un éxito moderado, me alegrará volver a verlo, pero no antes. Los Pemberton nunca fueron fracasados, o parásitos.

Así lo dejé.

Murió mientras yo estaba en mi tercer año en el estudio, y por su expreso deseo no fui notificado hasta después de que terminó el funeral. Lloré sobre la carta que recibí, pero solo porque sabía que ya nunca podría compensar de ninguna manera la gran pena que le había causado a mi padre. Si hubiera vivido solo diez años más, y esto no hubiera sido extraordinario, ya que murió a la edad de cincuenta y dos años, podría

haberle devuelto algo de ese orgullo perdido.

¿Es necesario contar mis años con Guarneresi? No; me has confesado un ligero conocimiento de mí. Muy bien, los resumiré. Baste decir que, allí, por fin encontré mi fuerte. Podía pintar, y aunque el maestro nunca valoró mucho mis esfuerzos, pero enseñó con diligencia en el uso de la línea de barrido, el claroscuro, donde destaqué sobre la mayoría de sus alumnos, pero en el color no exhibí talento, al menos en su estimación.

También fue extraño, porque a través de mi mente, a intervalos extraños, se produjeron disturbios de color carmesí, naranja y púrpura, que nunca se pudieron mezclar satisfactoriamente en mi paleta para una imagen determinada. Me dije a mí mismo que la culpa estaba tanto en los sujetos como en mí mismo, la excusa de un mentiroso, por supuesto.

Sin embargo, algo de razón tenía. Por ejemplo, cuando pintamos desnudos, Guarneresi ensamblaba media docena de viejas brujas con piel amarillenta, torsos óseos y senos arrugados, pidiéndonos que retratáramos la juventud y la belleza. En lugar de intentar plasmar en el lienzo aquellos esqueletos, solía buscar la más bella de las cocottes de los cafés nocturnos y llevarme al estudio algunos recuerdos y apresurados bocetos de poses que había visto. Esto fue más interesante, pero insatisfactorio.

Llevaba cinco años en el estudio y había viajado tres inviernos a Sicilia, Cerdeña e Italia, antes de que me llegara la primera insinuación de una resolución de mi problema. Fue en el mes de julio, cuando los estudiantes amantes del norte se van de vacaciones. Una tarde estaba solo en el vasto estudio. El propio Guarneresi estaba ausente, lo que explicaba las vacaciones tomadas por los fieles que permanecían durante los días calurosos. A un lado de la habitación estaban las jaulas, donde el maestro mantenía pequeños animales vivos, utilizados para modelos con principiantes. Había algunos conejos, una docena de ratones blancos y un zorro rojo.

Vagando en mi imaginación, tratando de encontrar algo de inspiración para seguir trabajando, tuve la oportunidad de ver a uno de los conejos mirando en mi dirección. Los rayos de sol, que caían a través del tragaluz abierto, captaron los ojos de la bestia de tal manera que me mostraron como discos redondos de escarlata brillante. Nunca antes había presenciado este fenómeno, que desde entonces, he aprendido, es común. Tuvo un efecto extraordinario sobre mí. En ese segundo pensé en mi infancia delincuente, en docenas de impulsos crueles prácticamente olvidados, en los escarabajos mutilados y moribundos que habían sido fundamentales para embarcarme en una carrera artística.

La sangre se elevó en torrentes a mis venas. La fiebre me consumió. Había vida y podría haber muerte. Podría renovar la inspiración de aquellos escarabajos torturados.

Con agitado sigilo, eché un vistazo al pasillo vacío, cerré la puerta del estudio, y me arrastré hasta la jaula del conejo. Al abrirla, agarré por las largas orejas al animal que me había mirado, de piel blanquísima. La cálida suavidad de su cuerpo palpitante elevó mi deseo artístico a una especie de frenesí. Saqué una mesa de la pared y, sosteniendo el animal sobre ella, extraje mi cuchillo. Superando las luchas locas e inútiles del conejo, corté largas incisiones en la espalda y el vientre. La sangre brotó.

La furia perfecta del deleite me arrojó sobre el lienzo. Mis dedos temblaron mientras mezclaba los colores. No había indecisión ahora, y ningún indicio de vacilación en el resultado. Simplemente pinté.

¿Quizás hayas visto una reproducción de esa imagen? Se llamaba La lujuria de los magos, y ahora cuelga en una de las galerías de París. Algún día honrará el Louvre. Y todo porque nuestro conejo blanco había sacrificado la sangre de su corazón.

A las once de la mañana siguiente, el propio Guameresi, que venía al estudio, me encontró exhausto y dormido en el suelo. Cuando exigió explicaciones, señalé en silencio la imagen terminada en mi caballete. Pensé que el hombre se volvería frenético. La miró por un instante, con un gesto de intolerancia que desapareció paulatinamente de su rostro barbudo. Entonces su boca se abrió, y un brotó una sucesión de exclamaciones bajas en su lengua materna. Sus manos levantadas se abrieron y cerraron en un ademán que, yo lo sabía, significaba un deleite desenfrenado.

De repente, corrió hacia el caballete y, antes de que yo pudiera ofrecer resistencia, tomó mi pintura y salió corriendo del estudio. Bajó las escaleras hacia la calle estrecha. Lo seguí, pero no fui lo suficientemente rápido. Había desaparecido.

En media hora regresó con cuatro hermanos artistas que tenían estudios cercanos. Fueron más que espléndidos en sus elogios, calificando mi pintura como la obra maestra más grande que se haya hecho en el barrio durante años. El mismo Guarneresi fue menos demostrativo ahora, pero detecté lágrimas en sus ojos cuando se volvió hacia mí.

—El alumno se ha convertido en el maestro —dijo simplemente—. ¡Vamos! No te enseñé esto, y no puedo enseñarte más. Sin embargo, siempre me jactaré de que el signor Pemberton pintó su primer gran cuadro en mi estudio.

Al día siguiente, alquilé un estudio propio y saqué mis herramientas de inmediato. Empecé a pintar en serio. Hay poco que relatar sobre los próximos meses. Un espectro de la inspiración que había dado a luz a mi gran pintura todavía vibraba, pero no era más que mediocre su reflejo en mi trabajo. Es cierto que la experiencia y el logro me habían mejorado un poco en el uso del color, pero entendí rápidamente, y con algo de irritación, que nunca podría volver a alcanzar ese mismo fervor artístico, a menos

que...

Después de cuatro meses de esfuerzo, tiempo durante el cual completé dos lienzos insatisfactorios, cedí y me compré un segundo conejo blanco. ¿Cuál fue mi horror ahora al descubrir, cuando traté a la bestia como había tratado a su predecesor, que ninguna emoción salvaje de inspiración me asaltó?

Podía mezclar y aplicar colores un poco más llamativamente, sin embargo, el sufrimiento y la sangre de este animal habían perdido su poderoso efecto sobre mí.

Después de uno o dos días se produjo la solución. La lujuria de los magos había agotado el estímulo que los conejos podían proporcionar.

Me sentí desconsolado. Aunque sabía que la primera pintura era espléndida en su camino, odiaba creer que en ella había llegado a la cima de mi producción artística. Sin embargo, no podía despertar en mí nada más que el entusiasmo pueril, la metódica mezcla de aceites que, antes, me deleitaba en ridiculizar en otros pintores mediocres. Finalmente dejé de pintar, y me sumí en la honda depresión del absenta.

Guarneresi me visitó un día, y al encontrarme tan mal me prescribió aire fresco y sol. Como me negué rotundamente a viajar, sabiendo que mi dolencia era del tipo subjetivo, no curada por vislumbres de pastos nuevos, me prestó su yegua, un fino animal negro con mechones blancos y una estrella en la frente. Acepté desganadamente montarla todos los días.

Pasaron tres semanas. Había cumplido mi promesa, en realidad disfrutaba del ejercicio, pero sin que apareciera ninguno de los resultados beneficiosos. Tenía buena salud física, solo me sentía un poco apático, es cierto, pero cada vez que me ponía a pintar una especie de inhibición o cansancio espiritual y mental parecían retenerme. Poco a poco, la horrible convicción me obligó a creer que, como artista, estaba terminado.

Un día, cuando estaba montando una o dos ligas más allá de Passy, tuve la oportunidad de desmontar y calmar mi sed en un manantial en el que era necesario romper una fina capa de hielo. Bebiendo hasta saciar, llevé a la yegua al lugar y ella también bebió. Al levantar la cabeza, sin embargo, un borde afilado de hielo cortó apenas su piel sensible. Allí, paralizado, vi gotas rojas de sangre en su mejilla.

¡No puedo describir adecuadamente las sensaciones que me asaltaron! En ese segundo recordé los escarabajos y el conejo; y sabía que este espléndido animal me había sido dado con el único propósito de renovar la inspiración desperdiciada. Fue la mano de la Providencia.

Las preparaciones fueron hechas con rapidez. Obtuve el uso de una habitación bien

iluminada y espaciosa en las cercanías, y allí dejé a la yegua mientras regresaba a París a comprar lienzos y materiales. Luego, cuando estaba listo para el trabajo, até a la yegua con cuerdas fuertes para que no pudiera moverse. Luego le dispensé el mismo trato que al conejo. En el fondo odiaba infligir este dolor, porque había llegado a cuidar a esa yegua casi como a un querido amigo; pero en ese punto nada me negaría la furia del deseo artístico.

Al día siguiente, cuando todo terminó, llevé el lienzo a París y se lo mostré a Guameresi. Entró en éxtasis, proclamando que por fin había recuperado mi fuego. Sin embargo, cuando le hablé de la yegua y le ofrecí pagar su precio, se puso pálido.

—Jamás hubiese esperado eso de usted, signor —su voz, quebrada, se rompió de emoción—. Debería matarlo por esto. Pero su arte está más allá de las emociones mortales, y aunque desde este momento siento un odio eterno por usted, admito que es dueño de una genialidad horrible.

Encontré, entonces, que nadie deseaba mirar mi pintura. Guameresi había contado la historia a sus amigos, y el rumor se había extendido como un fuego por todo el barrio. Fui condenado al ostracismo, abandonado por todos los que me habían llamado su amigo.

Un mes después, casi roto en espíritu, terminé con París y me trasladé a Nueva York. Aquí en América nadie conocía la historia de mi última pintura, y cuando se exhibió, los críticos la anunciaron como la mejor producción de cualquier artista estadounidense anterior o contemporáneo. La vendí por veinte mil dólares, que era un buen precio en aquellos días.

Fui arrastrado por una ola de popularidad. Como saben, en este país incluso las obras más pobres de un hombre popular son arrebatadas con avidez. La crítica parece morir cuando se alcanza una cierta reputación. Me deshice de todos los lienzos que había pintado en París y las mujeres de la alta sociedad de la ciudad me contrataron para hacer retratos.

Debido a que no tenía una idea particular para mi próximo cuadro, me permití dejarme llevar por este trabajo. Fue fácil y el pago fue inmensamente jugoso. También se me pidió que no ejerciera demasiado ingenio ni imaginación. Todo lo que hice fue pintarlas como venían, dos por semana, y enriquecerme, perdiendo cinco años en el proceso.

Entonces me enamoré.

Beatrice era mucho más joven que yo, acababa de cumplir diecinueve años en ese momento. Primero me atrajo porque mi ojo siempre busca lo bello en la cara y la forma como si estuviera eligiendo modelos entre todas las mujeres que conozco. Era

delgada de cintura y de tobillos, aunque con la suave curva de cuello y hombro que intriga a un artista al instante. Era más madura en algunos aspectos de lo que uno podría haber esperado de sus años, pero más encantadora por esa razón.

Sus ojos eran pozos oscuros. En el momento en que los miré, supe que allí estaba la llave, el advenimiento de la única gran emoción de mi vida. Por la noche, mientras estaba sentada a mi lado en un rincón de los Jardines de Especies (ya sabes, la reproducción interior de los famosos jardines de Kandy, en Ceilán), me glorié en su belleza y en la forma en que la seda se aferraba a ella. El deseo de posesión era intolerable dentro de mí. Antes de separarme, le pregunté si se casaría conmigo. Por respuesta levantó sus brazos blancos y suaves hacia mi cuello y se encontró con mis labios en un beso en el que sentí todo el fervor del amor. Ese fue el momento más dulce y feliz de mi vida.

Nos casamos y construimos una casa en Long Island. Después de tres meses de luna de miel, nos instalamos allí, más enamorados que nunca, si eso fuera posible.

Pasó un año, y de ese año, diez meses estuve sin levantar un pincel sobre el lienzo. Era idílico, pero hacia el final un sentimiento de vergüenza comenzó a impregnar mi mente. ¿Era yo de una fibra tan débil, que el amor de una mujer podía cortar toda mi ambición, todo mi deseo artístico?

Al final del año estaba pintando de nuevo, haciendo retratos. Sin embargo, el largo descanso y la felicidad me impacientaron, me volvieron irritable. Tenía todo el dinero que cualquiera de nosotros necesitaría en su vida, de manera tal que no podía tomarme en serio los retratos que hacía. Luego, después de que Beatrice diera a luz a nuestra hija, comencé a trazar planes para continuar con un esfuerzo más serio. Es inútil repetir la historia. Fue la misma experiencia que tuve después de esa primera pintura exitosa.

Mi técnica ahora era tan cercana a la perfección como podía esperar alcanzar, y la simple cuestión de mezclar colores se tornó algo natural. Algo, evidentemente, había aprendido de aquellos arrebatos de frenesí. Sin embargo, me encontré psicológicamente incapaz de atacar a un sujeto en lo más mínimo, y eso, por supuesto, siempre había sido mi talento e interés. Me rebelé, como pude, contra el instinto que me instó a abordar el experimento de la yegua nuevamente. Odiaba pensar en eso, y también temía, con un gran pesar en el corazón, que tal vez ya no encontrara inspiración allí, incluso si repetía el procedimiento.

Me volqué a la pintura de paisajes, eligiendo escenas sórdidas, sucias. Pinté los carros de pescado y leche en Hester Street, mostrando las hordas de niños harapientos jugando en el pavimento. De alguna manera, la imagen no llegó a ser realmente buena, aunque no tuve dificultades para venderla. Retraté, entonces, una calle en el Ghetto en una noche lluviosa, con el lodo grasiento brillando en los adoquines y la

figura sin forma de un hombre encorvado en una puerta. A esto se le llamó poderoso, según lo calificó un crítico. Yo, en cambio, lo odiaba.

Incluso los paisajes acuáticos no me satisfacían. Pinté la mitad de una imagen que representaba dos remolinos tensos que atraían el gran leviatán de un barco de vapor al puerto, pero nunca lo terminé. Sentí como si babeara mientras trabajaba.

Así pasaron otros dos años, bastante feliz cuando estaba con Beatrice, pero triste y salvaje cuando estaba solo en el estudio. Mi esposa había florecido temprano a la plena belleza de la feminidad, y aún conservaba la modestia y la reticencia de sí misma que me hicieron enamorarme. Hasta este momento, cuando cumplí treinta y tres años de edad, todavía estábamos explorando las delicias del amor y del verdadero afecto.

Había una fuerza impulsora dentro de mí, sin embargo, que no se detenía. Había nacido para lograr grandes cosas. Un compromiso débil quizás podría acumular el combustible necesario para que la llama de la inspiración volviera a arder. Luché contra eso meses más, pero al final tuve que ceder. Con miedo, luchando contra la ambición y la lujuria dentro de mí, hice un viaje a un pueblo lejano del estado de Nueva York, adquirí una yegua de sangre fina y repetí el experimento que me había costado la amistad de Guarneresi y la de mis contemporáneos parisinos.

Todo en vano. De la horrible matanza del animal obtuve solo una imagen sombría: un lienzo que pinté semanas después, cuando el estremecimiento de repulsión en mi cuerpo se había calmado un poco. Llamé a la imagen Canibalismo, porque mostraba a los salvajes africanos atiborrándose de carne humana. Nunca se vendió. Los censores de arte de Nueva York lo prohibieron, y creo que nadie realmente quería la maldita cosa en su casa. No me gustó a mí mismo y, finalmente, después de muchos pedidos insistentes de mi esposa, lo quemé.

Este sacrificio, sin embargo, simplemente acentuó la furia en mi corazón. Debía hacerlo mejor.

Un día llegó la inspiración para mi última gran pintura, como siempre, de casualidad. Beatrice estaba cortando hierba en el jardín con una hoz, mientras yo estaba sentado con las piernas cruzadas a su lado, observando. Siempre podía encontrar un gran placer al estar cerca de ella y observar el juego delicado de las fuerzas animales en su cuerpo flexible. La hoz se deslizó. Beatrice gritó y salté para colocar un pañuelo sobre la herida abierta en su muñeca, pero no antes de que mis ojos hubieran notado la sangre roja burbujeando sobre su piel satinada.

Una locura saltó a mi alma. Mis dedos temblaron y un latido se hizo sentir en mis sienes cuando le puse antiséptico y coloqué un vendaje sobre la herida. El resultado, aunque horrible, no carecía de lógica: ella era mi compañera, la mujer de mi vida. ¿Dónde más podría encontrar la inspiración para pintar mi obra?

Por supuesto, no le dije nada Beatrice. Solo me dispuse a realizar los preparativos necesarios.

Coloqué una mesa en el estudio, abrochándola con fuertes correas. Luego preparé una mordaza y afilé un cuchillo Weiss, hasta que su filo pudiese cortar un pelo. Por último preparé mi lienzo.

Ella vino a mi llamada. Al principio, cuando la agarré y le arranqué la ropa, pensó que bromeaba y protestó, riendo. Sin embargo, cuando llegué a colocarle la mordaza, y le até los brazos y las piernas con correas, el terror de la muerte comenzó a invadir sus ojos oscuros. Para demostrarle que aún la amaba, sin importar el deber que me impulsara a hacer, besé su cabello, sus ojos y su pecho. Luego me puse a trabaja...

En unos minutos estuve fuera de mí mismo, pintando como nunca antes había pintado. Una corriente roja goteaba del catre de acero, hacia el suelo, y corría lentamente hacia donde yo estaba parado. Me sentí eufórico. Y pinté. ¡Pinté! Esta fue mi obra maestra.

Ebrio con la furia de la creación, me tiré al suelo en medio del charco rojo una y otra vez. Incluso sumergí mis pinceles en él. Loco por el deleite del logro sin límites, seguí y seguí hasta que, por la noche, escuché a mi pequeña hija llorar en su habitación por la cena que no había recibido. Luego bajé las escaleras, riéndome del horror que vi en los rostros de los sirvientes.

Encontraron a Beatrice, por supuesto. Los criados llamaron inmediatamente a la policía. Sin embargo, los engañé a todos. Sabía lo que vendría a continuación, así que tomé el lienzo de mi obra maestra y lo escondí en un armario secreto en la pared, que solo yo conocía. No me importó lo que me hicieron, pero esta pintura, por la que Beatrice había ofrecido su amor y su vida, era sagrada.

Vinieron y me llevaron. Luego se produjo un terrible escándalo público, y algunos exámenes psicológicos en los que no me interesé lo más mínimo. Entonces me pusieron aquí.

Sin embargo, no he estado bajo presión todo el tiempo. ¡Oh no! Tres años después, algunos de mis viejos amigos se las arreglaron para ayudarme a escapar y me llevaron en secreto a los Mares del Sur. Allí me dieron un estudio, lo que significa permitirme pintar. Sin embargo, estaba guardado. No me permitirían la libertad total.

Pinté, pero no tengo la menor idea de lo que se hizo con esos lienzos. No tenía ningún interés en ellos personalmente. Todo lo que podía pensar ahora era la gran obra maestra escondida en el armario de mi antiguo estudio. Quería verla, gloriarme en la llama del color y en la tremenda concepción misma.

Por fin escapé de mis guardias, y después de deambular mucho por las proas nativas, volví a este país, a Nueva York. Encontré el lienzo y lo enrollé en mi propio cuerpo. Luego salí y me entregué a las autoridades, quienes me trajeron nuevamente aquí.

El encarcelamiento ya no era importante para mí. Me estaba haciendo viejo. Y aunque me gustaría ser liberado ahora, es una cuestión de menor urgencia que antes, porque siempre tengo conmigo mi obra maestra. ¿Quiere usted verla?

El viejo metió la mano dentro de su blusa y sacó un rollo sucio que desabrochó con dedos que temblaban de entusiasmo.

—¡Mire, madame! —dijo, triunfante.

Y, ante mis ojos horrorizados, desenrolló un pedazo de lienzo en blanco.